

Todavía hay escritores a quienes se les tiene una profunda simpatía, aparte su valor intelectual, por su sentido humano. Queremos decir que no es solamente por su obra literaria, sino por el valor humano que salta por encima de la obra de creación. Algunos se endurecen, entre tacs y flores de nueva retórica, y esos seguramente contarán poco para el futuro, y el presente será ráfaga y nada más. Pero Miguel Delibes no será de éstos. Al penetrar en la casa de los inmortales, llevaba un bagaje de obras publicadas. Había cultivado una narrativa a punto de perecer, tras aquellos grandes maestros: Galdós, Baroja, Azorín. Y no había perdido un ardite de sensibilidad.

Digase lo que se quiera, sin ésta no se puede escribir; una obra literaria, por muy imaginada que sea, siempre tiene una profunda impresión sensitiva, exteriorizada con la palabra; a veces con la imagen así reflejada. Todo esto se cumple en un escritor tan admirable como Delibes, cuya maestría empezó ya con su primera obra. Una línea narrativa tensa, fina, entre una pasión por escribir tierras y gentes. Si, porque en Delibes no encontramos la ficción, sino la realidad, la vida de este torturado siglo XX acercándose a su fin, con presagios tumultuosos y volcánicos.

Desde su vida tranquila y recoleta en la calle de Colmenares ascendió al vértigo de las grandes ciudades; anoró — y siempre será ésa una de sus constantes — la paz familiar, la sombra querida de Angeles, los hijos... el provincialismo fino y delicado a lo Boscán; grabó en su léxico palabras de los aldeanos y de los cazadores; recorrió tierras sedientas de la inmensa Castilla. ¿Cómo comprendemos su vida?

Yo también me crié en la soledad de una vieja casa, bajo la imagen querida de un médico cazador, que salía al campo a rasgar el alba y volver cargado de perdices entre pointers nerviosos y rizados setters. Cuando había cachorros, ellos eran mis juguetes preferidos. Me imagino a los hijos de Miguel con ellos, sin miedo alguno... todo eso ha contribuido muchísimo a ese carácter realista y bondadoso con el que ha llegado a la Academia vistiendo el inevitable frac, igual que Rivas o Martínez de la Rosa. Pero si el hábito no hace al monje, tampoco la etiqueta hace a académico. Y Delibes tras el doliente pasaje de su desgracia no ha llevado a la casa una serie de primores estilísticos —propios de otros tiempos— ni la dureza del intelectual de hoy supliendo de este modo con ostentoso aparato crítico, la carencia de paladar.

Ha escrito Delibes un discurso profundo, trascendental, inquietante, sobre el progreso. Probablemente uno de los más importantes discursos leídos en la Academia. Ha dicho

cuan to deseaba. Ha sido un auténtico grito de alerta para la sociedad de finales del siglo XX. Pero estoy convencido de que muchos oídos serán sordos; ¡Qué le vamos a hacer! Ni siquiera se darán por aludidos los ostentosos dilapidadores. Delibes ha escrito para presentar la opción entre la ciudad y el campo. Su discurso parece nacido después del mucho andar por caminos y veredas, alcornoques y llanos, llevado de afán de hombre cazador. En otros tiempos, acaso no lejanos, le era permitido hablar a la buena de Dios esa parla castellana, neta y castiza, cernida luego en su obra con la misma sintaxis y el más puro sentido semántico. ¿Se habrá fijado en esto la Real Academia al elegirlo? Si lo que pesó primordialmente fue la calidad literaria y rural de su obra, podríamos reconocer la miopía de los doctos. Estamos seguros de que no fue así. Afortunadamente lo que cuenta es la sensibilidad, el rasgo humano, en el valor de la creación. Divinamente cristalizados surgen tierras y personajes en la obra de Delibes. En sus páginas vuelve a recordarse la trayectoria: Galdós, Baroja, Azorín; pero la sencillez, el brio, la «poridad» o sea el secreto profundo de las cosas aparecen en Delibes inquietamente desvelados. Este es uno de sus mayores méritos.

El Miguel Delibes de hoy, con su disfraz de académico, ha llegado a la mitad de su vida, y se encuentra en un mundo inhóspito, nervioso, desequilibrado. Lo de menos son las guerras, las revoluciones, que ésas aun trágicas y dolorosas, pueden ser como la Corporación en eso de fijar y limpiar... lo más el triunfo de los egoísmos y ambiciones personales...; es decir, aislamiento y soledad, el hombre prisionero en la roca, nuevo Prometeo, el descubrir el rito sagrado del fuego. Si este gran cazador va por los campos, no escucha canciones de los campesinos, ni campanillas de aparejos, ni flautas de pastor; sólo el sordo trémolo de los tractores abajo, como un eco de los aviones, que arriba cruzan el espacio azul. Si, todo eso dirán los técnicos y tecnócratas enamorados del progreso, lo mismo que de una muñeca articulada de plástico, muy bella, pero estéril y fría. No podrá comer pan candéal, sino otro muy distinto, procedente de unas semillas de mayor rendimiento: acaso ni beber agua de ríos, contaminados de vertederos insecticidas...

Así las cosas, el hombre buscara su vida en la ciudad, respirando aire nefrítico, que lo irá envenenando. Triste condición la de hombre moderno. Delibes se alige ante el panorama, y trata de avisar a la humanidad. Tan trascendental es este discurso suyo en la Academia.

JOSE M^e CASTRO CALVO

EN BELFAST HAY CA LOS PROTESTANTES

Por cada tres protestantes hay en Irlanda del Norte. Este dato es más complejo de lo que parece a primera vista. La palabra «católico» tiene en este contexto un significado más complicado. Tradicionalmente el católico fue un paria en Irlanda del Norte. La distribución de la población, por ejemplo, se hacía de la manera más arbitraria, dando preferencia automáticamente a los protestantes. Esto tiene un sentido político.

En el sistema anterior a las reformas impuestas por Londres en 1969 el derecho al voto en Irlanda del Norte estaba regulado de modo que impidiese a los católicos tener mayoría en casi ningún sitio. Disponían de voto los cabezas de familia, con lo que la tendencia católica a tener más hijos que los protestantes no redundaba en más votos católicos. Luego, los protestantes con más recursos económicos que los católicos se emancipaban más jóvenes y automáticamente encontraban más facilidad en montar casa aparte, con lo que aumentaba el número de votos protestantes. Este era uno de los muchos trucos protestantes para dar un viso de legalidad a lo que no era más que opresión descarada. Otro consistía en que las empresas tuviesen también derecho al voto

(como las universidades en Inglaterra hasta poco después de la guerra), y la mayor parte de éstas, estaban y siguen estando, controladas por protestantes y con personal protestante de capataz para arriba; esto les daba un arma más de influencia sobre el proletariado católico, obreros sin especializar la mayoría.

El capital, la industria y el comercio están controlados por protestantes, que también, por extensión, controlan al partido político gobernante, el Unionista y, a través de él, al Gobierno y al Parlamento. El partido unionista ha gobernado el Norte sin oposición casi, durante más de medio siglo ininterrumpidamente. Se daba con frecuencia el caso de que circunscripciones mayoritariamente católicas no tuviesen ningún concejal católico.

y en el Parlamento el número de católicos no reflejaba el porcentaje de la población.

LOS BARRIOS

Los barrios de Belfast y Derry, en el norte, sufren especialmente, ya que las casas antiguas están diminutas y las butacas apenas caben. El olor permanente de la hervida es el sello del Movimiento. Los edificios antiguos se encuentran en un estado de abandono. Es curioso, sin embargo, que entre las clases sociales la fricción es mínima. Los protestantes y católicos conviven en armonía (Belfast es una ciudad mayoritariamente católica). Es la principal clase trabajadora la que se nota más afectada desde la crisis. La guardia protegida de la Orden del Norte y otros grupos

Los obreros y los capataces locales bancarrotados a niveles que los católicus empleos, y más como de la legalidad Norte, pero sus intereses legítimos. Sorpresa de la testante y, como judíos de la como protegen están unidos los negocios y, por tanto les asimilan a éstos.

¿QUE CLA

Cuando los testantes hacían religión viendo la televisión en las clases de trabajo, hay calles en las que los católicos no van por miedo y en una para coger el autobús de las casas en



Fuego en la calle como consecuencia de unos incidentes en Belfast